DOMINGO

3º.Cuaresma, Ciclo C

EN EL INFIERNO SIEMPRE ES VERANO PERO SIN AGUA FRESCA EN LA MANO

La figura de Cristo siempre es luminosa, estamos acostumbrados a un Cristo que sube a las montañas y baja a los lagos, infatigable, llevando a todos la salvación con una fogosidad y una alegría que a todos nos deja admirados., por eso nos cuesta trabajo contemplar a un Cristo fatigado, después de una largo trayecto, al medio día, en medio de un calor asfixiante, buscando un poco de agua para apagar su sed, sentado en el brocal de un pozo que tenía mucha significación histórica, y en un territorio que se consideraba extranjero y además enemigo. Se trata del territorio de Samaria, que los judíos evitaban tocar y tenían que rodear para no llegar a ese lugar donde no eran bien recibidos. Ese fue el lugar donde Cristo se encontraba, y solo. En eso llega una mujer samaritana, y Cristo te pide: suplicante; "Dame de beber". Y la respuesta fue de un orgullo recalcitrante, ¿cómo me pides agua si somos enemigos y además hombre y mujer? Y aquí comienza un diálogo donde la mujer piensa en el agua del pozo, mientras Cristo comienza a elevarla a otro nivel, otra agua que sacia en verdad la sed y el deseo de felicidad de todos los hombres: "Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él y él te daría agua viva". La mujer todavía no logra captar la trascendencia del que se le ha acercado, y persiste en no querer elevar su mirada, burlándose de Jesús, pues le hace ver que no tiene siquiera con qué sacar agua del pozo. Y Jesús insiste en hablar de otra agua que ella ni siquiera imaginaba: "el que bebe del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed, el agua que yo le daré se convertirá dentro

de él en un manantial capaz de dar la vida eterna". Todavía por tercera vez la mujer insiste, aunque le pida de esa agua, pero sigue pensando en agua material, "así no tendré que venir a buscarla al pozo". Para entonces, Cristo la lleva a un plan personal, le hace ver la inutilidad de la vida y la depravación en la que estaba metida, pues había tenido cinco maridos y no había encontrado todavía la felicidad. Al verse descubierta en la inutilidad de su vida, no se muerta escandalizada sino como en medio de una luz que nunca hubiera imaginado, al grado que deja la olla que había llevado para el agua del pozo, va hasta la ciudad donde habitaba, y se convierte en un apóstol momentáneo, porque le avisa a la población que por primera vez alguien le ha hablado con la verdad pero sin humillación y con un alto grado de amor y de comprensión. La gente viene, creen en Jesús y al final declaran que ya no creen por lo que la mujer les había dicho, sino por lo que le habían oído a Cristo Jesús.

Emociona ver cómo Cristo Jesús pudo llevar a la mujer desde la simple consideración del agua del pozo, hasta otra agua, importantísima, la del agua brotada del corazón de Cristo, ya muerto en lo alto de la cruz, agua que se derramaría sobre el corazón de los creyentes en el bautismo que nosotros ciertamente recibimos pero del cuál casi no tenemos memoria, quizá porque lo recibimos pequeños, y porque los papás mismos no sintieron la necesidad de convertirse en maestros, en mentores de la fe del recién nacido. Habría que entender que, desde ese momento, los padres comienzan una carrera que les llevará muchos años, en los que no habrá descanso, porque los ojos del chiquillo estarán abiertos las 24 horas del día para ver si los padres son capaces de vivir según el evangelio de la gracia que se les manifestó desde su propio bautismo. Y tenemos que volver a darnos cuenta de la necesidad del agua del costado de Cristo, cuando los hombres vagan sedientos, hambrientos, rechazando saciar su sed en el agua y en la sangre de Cristo, pretendiendo enfangarse en los placeres y las envolturas brillantes del dinero, la sexualidad, las drogas, el alcohol, la francachela y la frivolidad. Pobres de los hombres, cargados de tantas cosas, menos de lo que da la verdadera consistencia a la vida del hombre, el encuentro con Cristo Salvador.

Que nunca más tengamos que enfrentar al hombre con la mujer, pretendiendo una igualdad que ciertamente está en los planes de Dios, pero una igualdad en la que el hombre se sienta hombre y la mujer se sienta mujer, cada uno ejerciendo su propio papel, señalando que en la complementación de uno y otro encontrarán la paz, la alegría y definitivamente la propia salvación para toda la humanidad.

Que nunca más andemos hambrientos y sedientos por el mundo, si tenemos el consuelo de la fe que nos hermana con Cristo Jesús que derramó las últimas gotas de sangre y de agua en lo alto de la cruz, para que, en desierto de la vida, nosotros nos veamos enriquecidos en la fuente de la salvación.

Tu amigo el P. Alberto Ramírez Maqueda que los invita a difundir mi mensaje. Los saludo. Estoy en alberami@prodigy.net.mx.